

RAFAEL PADRÓN FERNÁNDEZ, DOMINGO LUIS HERNÁNDEZ ÁLVAREZ,
EDUARDO AZNAR VALLEJO Y FRANCISCO GONZÁLEZ LUIS (EDS.)

ENTRE LAS DOS ORILLAS:
MARÍA ROSA ALONSO
Y LOS ESTUDIOS CANARIOS

Entre la historia y el mito: *La Luz llega del Este*

MANUEL DE PAZ SÁNCHEZ



INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
LA LAGUNA - TENERIFE

2010

Serie
MONOGRAFÍA LXXIX

Esta edición ha contado con el patrocinio del Parlamento de Canarias,
de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias
y del Excmo. Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna.

© 2010, Los autores
© De esta edición: 2010, Instituto de Estudios Canarios
C/ Bencomo, 32. Apartado de correos 498
38201 La Laguna (Santa Cruz de Tenerife)

Preimpresión e impresión: Gráficas Sabater
Diseño Gráfico: Candelaria da Silva González
ISBN: 978-84-88366-84-9
Depósito Legal: TF-614/2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en –o transmitida por– un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del «copyright».

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN	
• María Rosa Alonso y el Instituto de Estudios Canarios (Crónica autobiográfica de una relación): MARÍA ROSA ALONSO (2002).....	15
• Las aficiones folclóricas de María Rosa Alonso: ELFIDIO ALONSO QUINTERO	45
FILOLOGÍA	
• Endechas a la muerte de Guillén Peraza: trama insular, instancia poscolonial: DOMINGO LUIS HERNÁNDEZ ÁLVAREZ	57
• Cairasco a la luz de la Emblemática: la <i>Comedia del recibimiento al obispo Fernando Rueda</i> : JESÚS DÍAZ ARMAS.....	71
• Viana y Lope: de la epopeya guanche a la <i>comedia nueva</i> : CARLOS BRITO DÍAZ	103
• María Rosa Alonso y José Clavijo y Fajardo: ERNESTO GIL LÓPEZ.....	115
• María Rosa Alonso «bajo el signo de Viera»: VICTORIA GALVÁN GONZÁLEZ & RAFAEL PADRÓN FERNÁNDEZ	133
• Arte e ideas estéticas en Manuel Verdugo: MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ.....	165
• María Rosa Alonso, vista por Emeterio Gutiérrez Albelo y Domingo Pérez Minik: RAFAEL FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ	213
• María Rosa Alonso: la creación literaria: MIGUEL MARTINÓN CEJAS.....	231

HISTORIA

- Los guanches en la *Comedia de Nuestra Señora de la Candelaria*: ANTONIO TEJERA GASPAR..... 249
- Entre la historia y el mito: *La Luz llega del Este*: MANUEL DE PAZ SÁNCHEZ 263
- La Ilustración canaria en la obra de María Rosa Alonso: MANUEL HERNÁNDEZ GONZÁLEZ 285
- La Historia en la obra de María Rosa Alonso. Una aproximación: JUAN MANUEL BELLO LEÓN 303
- María Rosa Alonso y la *Revista de Historia*: ROBERTO GONZÁLEZ ZALACAIN 323
- María Rosa Alonso y la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife: FRANCISCO J. MACÍAS MARTÍN 339

PERIODISMO

- Leoncio Rodríguez y María Rosa Alonso: JULIO ANTONIO YANES MESA 355
- María Luisa Villalba y otros seudónimos: ELISEO IZQUIERDO PÉREZ..... 369

BIBLIOGRAFÍA

- Ensayo de una biobibliografía de María Rosa Alonso: JUANA GONZÁLEZ GONZÁLEZ 379

Entre la historia y el mito: *La Luz llega del Este*

MANUEL DE PAZ SÁNCHEZ

Bajo el título genérico y, desde luego, literario *La Luz llega del Este*, María Rosa Alonso nos deleitó en el año 1998 con un hermoso ramillete de ensayos sobre los orígenes primigenios de Canarias y, principalmente, de Tenerife. A lo largo de casi ciento cincuenta páginas de apretado y meticoloso texto, la profesora Alonso nos introduce, acompañados por una veintena larga de ilustraciones del Norte de África (Marruecos, Túnez) y de las propias Islas, en el mundo insondable de nuestro pasado más remoto y legendario.

Las huellas de la Antigüedad clásica en el noroeste africano, las ideas mitológicas grecorromanas sobre las Islas, la personalidad ciertamente bucólica de los primeros pobladores de nuestro Archipiélago, la aventura desafortunada de nuestros menceyes, la nostalgia del mencey viajero –todo un símbolo del aún ignoto Occidente en la Venecia del final de una época–, la historia, en fin, de nuestro pasado mitológico y ancestral está reflejada en las páginas de este bello libro.

Un libro que comienza hablando de la Macaronesia, de las Islas felices ofrecidas como premio a la bienaventuranza por los dioses antiguos. Erasmo se refirió a ellas en su *Elogio de la Locura*, en una época de utopías y de ilusión por recuperar las glorias del *splendor ordinis*, mediante el enorme impulso del humanismo y la increíble capacidad de difusión de conocimiento que generó la imprenta, verdadero motor del Renacimiento. Dice Erasmo en tres citas en las que alude a las Afortunadas en el más conocido y difundido de sus libros:

Quizá queráis saber el lugar de mi nacimiento. Lo digo porque hoy importa mucho, para considerarle a uno como noble, el lu-

gar donde dio los primeros vagidos. Pues os diré que no vi la luz en la vaporosa Delos, ni en las olas del mar, *ni en las profundas cavernas*, sino en las mismas Islas Afortunadas donde todo *crece espontáneamente y sin esfuerzo*. En ellas no hay fatiga, ni vejez, ni enfermedad alguna. Sus campos no están cubiertos de gamones, malvas, cebollas, arbejas, habas, ni ninguna otra planta de la misma ralea. Por todas partes el olfato y la vista se recrean con el ajo áureo, la panacea, la nepenta, la mejorana, la ambrosía, el loto, la rosa, la violeta y el jacinto que recuerdan los jardines de Adonis.

En otro momento alude al mito clásico del río Leteo, que nace en las mismas Islas Afortunadas, no muy lejos por tanto del averno que, como es natural, los antiguos habían colocado en torno al *Mare Tenebrarum*, es decir, a nuestro Océano Atlántico:

Y si alguien está interesado en saber la fórmula de tal transformación, no seré yo quien se la oculte: los llevo hasta el manantial de nuestro río Leteo (olvido) que nace en las mismas Islas Afortunadas –si bien por el infierno sólo discurre un riachuelo, afluente del mismo–. Allí, mientras beben a grandes tragos el agua del olvido, van desapareciendo poco a poco las preocupaciones del espíritu y se hacen como niños.

Y, finalmente, realiza una interesante alusión a la combinación entre cultura y naturaleza, es decir, entre la «Locura» o «Estupidéz» y la condición humana que hace al hombre conformarse con su estado, empezando por su propio lugar de nacimiento:

Y para terminar diré que si la parte más principal de la felicidad consiste en ser lo que se quiere ser, entonces, mi querida Filautía ha provisto esto con creces. Ella, en efecto, hace que nadie se arrepienta de su figura, de su talante, familia, lugar, posición, ni de la patria. Hasta tal punto que ningún irlandés querría cambiarse por un italiano, ni un tracio por un ateniense, ni el escita por los habitantes de las Islas Afortunadas. ¡Tan grande es la solicitud de la naturaleza que en medio de tanta variedad todas las cosas están niveladas!

Al leer las primeras líneas y contemplar, también, el mapa que ilustra la página ocho, me acordé de una vieja carta marina del

holandés Jan Jansson, publicada primorosamente en el Ámsterdam de mediados del Seiscientos (exactamente en 1647). Sobre la densa red de rumbos y junto a la rosa de los vientos, manos cuidadosas dibujaron los minúsculos pero nítidos perfiles de Azores, Madeira, los islotes Salvajes y Cabo Verde, y, al Este, en «tierra firme», al Sur de la Mauritania Tingitana y, luego, Cesariana, dos leones rampantes guarnecen, bajo corona de plata, la frontera meridional del viejo Imperio.

Pero esta obra de María Rosa Alonso, meditada e indudablemente sentida en la intimidad de los recuerdos de su primera época como profesora en la Universidad de La Laguna y escrita con verdadero amor por las cosas de la tierra, desborda, además, un auténtico caudal de dudas metodológicas, sutilezas críticas e importantes sugerencias, como para avisarnos de la necesidad de estar alerta y de captar, en cada instante de la tarea creadora, ese destello de la inteligencia humana que los poetas llaman inspiración y los historiadores método.

Y, al final del libro, como no queriendo agotar el tema, como si se sintiera apenada de terminarlo, esto es, como decía Cervantes y repitió Borges al referir la última hora del ingenioso hidalgo, «dio su espíritu, quiero decir que se murió», al final del relato, sugeridor siempre, el Bencomo de Viana redivivo, el Bencomo entre la leyenda, la historia y la poesía épica. Mencey de menceyes, rey de los vencidos..., y victorioso, al fin, en nuestros recuerdos, nuestros sueños y nuestros yerros, en nuestra vida como pueblo insular y, en fin, en nuestro imaginario colectivo.

Y he aquí que, como un milagro de la poesía, nos figuramos a un Bencomo poderoso, gigantesco, de dentadura portentosa, luengas barbas y brazos musculosos. Es como si Viana, al referirse a él –a su Bencomo–, tomase por modelo al propio San Cristóbal –gigante de veras en la fe de nuestros mayores–, gigante y vencedor de ánimo decidido, inaccesible al desfallecimiento, de brazos poderosos y hombros inmensos capaces de sostener, nuevo Atlas de la Fe de Occidente, al Niño Dios junto al Orbe Todo, y de cruzar el mar, el agua, el río. Cristóbal llamole también Viana en un bautismo imposible.

Parece como si el poeta Viana, el hidalgo juglar de María Rosa Alonso, quisiera transmutar, mezclar, confundir en un solo hombre al vencedor y al vencido:

Ya ocupa el real asiento la persona
Del gran Bencomo, y con semblante alegre,
La vista esparze a una y otra parte.
De cuerpo era dispuesto, y gentil hombre,
Robusto, corpulento qual gigante,
De alto de siete codos, y aun se dize
Tenía ochenta muelas y otros dientes,
Frente arrugada, calva y espaciosa,
Partida la melena, poca y larga,
Rostro alegre, y feroz color moreno,
Negros los ojos, bivos y veloces
Pestañas grandes, de las cejas junto,
Nariz en proporción, ventanas anchas,
Largo y grueso el vigote retorcido,
Que descubría en proporción los labrios,
Encubridores del monstruoso número
De diamantinos dientes, larga, espessa
La barba, cana de color de nieve,
Que le llegava casi a la cintura,
Brazos nervosos de lacertos llenos,
Derechos muslos, gruesas las rodillas,
Fuertes las piernas, pies pequeños, firmes,
Temperamento en todo a lo colérico,
Algo compuesto con humor sanguíneo;
Era ligero, altivo en pensamientos,
Justiciero, modesto, grave, sabio,
Prudente y sobre todo arrogantísimo.

Sólo falta el cayado, porque los pies del Santo (pequeños en la descripción del Mencey, según Viana) suelen estar ocultos bajo el agua del río en la amplísima iconografía que lo representa, y tal vez el cayado se asemeje al *banot* o al bastón de mando del *Quehebí Benchomo*, tal como aparece dibujado por los nostálgicos publicistas románticos que redescubrieron, en los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX, por gracia de la fabulación más pura, los orígenes

remotos y reales de nuestra mítica historia isleña. Porque, como afirma también Viana:

Tiene en la diestra mano el regio ceptro,
Hueso mondado del baliente braço
Del gran Tinerfe visabuelo suyo,
Rey absoluto de los nueve reynos.

La Luz llega del Este, y ha de ser así porque el propio San Cristóbal, gigantesco y barbado, hunde también su poderoso cuerpo en la leyenda, hasta tal punto que los pintores bizantinos lo representaron en ocasiones con cabeza de perro, para ser fieles a la vieja tradición según la cual el santo era la cristianización de Anubis, o, tal vez, un miembro del legendario pueblo de los cinocéfalos. Pintado en numerosos frescos medievales, prueba de la popularidad de su culto, el santo viajero reapareció con fuerza, más tarde, en obras de Durero, Patinir (como la que se conserva en El Escorial), Van Eyck, Rubens y Tintoretto que representó su martirio.

Luis Felipe Gómez Wangüemert, canario-americano y republicano entrañable, en crítica despiadada al fanatismo religioso y, en particular, al ingenuo y abusivo recurso a las reliquias, descubrió objetos imposibles en la cámara santa de la catedral de Oviedo, entre otros, un molar de grandes dimensiones, atribuido, al parecer, al santo protector de los viajeros, poseedor también, en feliz coincidencia, de grandes y abundantes dientes como los de nuestro Bencomo de Viana.

Ya no sólo se mezclan, pues, la historia y la leyenda, sino que la leyenda misma, el mito ancestral y primigenio, casi dogma de fe, se enriquece y se transforma con el paso del tiempo. Es como si experimentase una suerte de transculturación continua a medida que pueblos diferentes depositan su sedimento milenario y lo enriquecen, y vuelve a renacer siglo tras siglo, como el fecundo Nilo de Anubis, con el limo de las crecidas anuales.

Los mitos no perecen. El filósofo Vattimo nos lo acaba de recordar, al reflexionar sobre la tradición y sobre la propia existencia: «La desmitificación se ha vuelto, finalmente, contra sí misma, reconociendo como mito también el ideal de la liquidación del mito».

A nosotros, respecto al mito de Bencomo y de Tinguaro, nos lo recordó, en nuestro ochocientos canario –que tan bien conoce la profesora María Rosa Alonso– el poeta Sansón Grandy:

Allí San Roque está, de heridas lleno,
Sube Tinguaro por el risco y brama;
Lugo venció; se oscureció la fama
Del Gran Tinerfe, el de la voz de trueno...

El poderoso haz de luz, de esa luz que viene de Oriente, transculturalizado al cruzar las columnas de Hércules, adquirió, en Canarias y al otro lado del Atlántico, la intensa pluralidad del arco iris, transformado –uno y múltiple– a través del prisma de la diversidad cultural del Occidente moderno: europeo, mediterráneo occidental y, consecutivamente, canario y americano. El Imperio avanzó un nuevo paso de Oriente hacia Occidente.

Se recogen en la *Luz que viene del Este* un conjunto de magníficos destellos, histórico-poéticos, de una gran mujer de nuestro siglo. Como escribía aquel crítico de La Habana modernista, el conde Kostia, la hoja del periódico pasa como un ave y se va, y, frente a la terrible realidad de lo precedero, sólo el libro puede dar fe de lo sublime e intemporal, de la vocación de eternidad de las cosas del espíritu.

Y es que, al fin y al cabo, describir y pensar nuestra historia agnaticia es hablar de las cosas del espíritu, de las invenciones mitológicas, de la imposibilidad de atrapar, en su todo magnífico, ese pasado –siempre glorioso por su antigüedad– que se nos escapa por los mil recodos de la tradición y de la vida. Y la aventura de recrearlo y de descubrirlo, bajo el prisma de la ciencia, demuestra no sólo la profunda vocación aventurera del historiador sino, también, la imaginación poderosa del poeta. Ambos dones están sobradamente representados en esta obra.

Historia y mito, poesía y leyenda se confunden, pues, en los orígenes de nuestra historia canaria, y María Rosa Alonso nos los ofrece con la ternura y el magisterio del que ha dado sobradas pruebas a ambos lados del Atlántico.

Su producción científica y académica, sus enseñanzas en la Universidad de La Laguna (incluido su papel trascendental en la

fundación del Instituto de Estudios Canarios), y en la Universidad venezolana de Mérida, los grandes y merecidos premios, honores y distinciones que ha recibido de los gobiernos de Venezuela y del propio de la comunidad autónoma canaria constituyen, sin duda, vivas y merecidas muestras de agradecimiento hacia una labor que, con absoluta sinceridad, podemos calificar de extraordinaria. Pero, tal vez, por encima de estas cosas pasajeras de la vida, el conjunto de su obra impresa, siempre viva, sugerente y renovadora, constituye el mayor de los homenajes a las gentes de estas Islas más o menos felices.

A lo largo de muchos años, desde su estudio fundamental sobre el Poema de Viana hasta sus valiosísimos trabajos sobre diversos aspectos de la literatura isleña –por mencionar sólo algunos de los más conocidos y consultados–, sus textos se han convertido en obras de referencia obligada para investigadores y discípulos, y así será por mucho tiempo. Como otros grandes maestros de su generación, María Rosa Alonso nos descubrió, a los jóvenes historiadores canarios, la necesidad de investigar con rigor, entusiasmo y espíritu universalista nuestra historia y nuestra literatura, nuestra cultura, al fin, y ha sido ella la que, en esta selva poética y épica apenas desbrozada, ha ido sembrando la simiente de una obra fecunda e imperecedera.

APÉNDICE DOCUMENTAL

I. Gaspar Ibáñez de Segovia (1628-1708), *Cádiz Phénicia*

1

Islas de los Bienaventurados¹

§ IV

Los Poetas no señalaron lugar determinado a las almas separadas

1. Quanto hemos discurrido en los tres precedentes §§ sirve de luz para reconocer con más claridad y distinción, como consecuencia precisa al conocimiento de la inmortalidad del alma, la consideración de el parage, en que en sentir de los Gentiles se conservaba después de separada de el cuerpo, y que como en noticia inaccesible al discurso humano, variaron tanto los Filósofos Gentiles, como destituidos de auxilio sobrenatural, en el sitio, en que la colocaban, conservando los Poetas entre su licenciosa libertad, más reparo en dexarle indefinito. Y así quando introduce Homero a Mercurio guiando las almas al feliz parage de su descanso, describe su morada de la manera siguiente: «Llegaron pues al fluxo de el Oceano, y a la piedra blanca, y iban a las puertas de el sol, y al pueblo de los sueños; y luego llegaron a un verde prado, donde habitan las almas, simulacros de los muertos»²: sin que tenga más determinadas señas la misteriosa cueva de Itaca, de que había hecho antes memoria³; y en cuya alegórica ficción pretende Porphyrio⁴ se simbolizase el dichoso estado de las almas separadas.
2. No de otra suerte Hesiodo mantiene la indiferencia misma, quando hablando de los Príncipes Griegos, que concurrieron

¹ *Cádiz Phénicia, con el examen de varias noticias antiguas de España, que conservan los escritores hebreos, phenicios, griegos, romanos y árabes*, t. I. Imprenta de don José del Collado, Madrid, pp. 131-141, obra atribuida a Gaspar Ibáñez de Segovia (1628-1708), publicada por vez primera 1805, según el manuscrito conservado a la sazón en el Archivo del Convento de la Merced Calzada de Madrid.

² *Homerus lib. 24. Odys. vers. 11.*

³ *Id. Hom. Odys. 13. vers. 109.*

⁴ *Porphyrius de antro Nimpharum.*

a la guerra de Troya, escribe: que habiendo muerto el Padre Júpiter, Saturno los envió a los fines de la tierra, dándoles lugar apartado de la vida de los hombres; y después de haber referido, como era su Rey Saturno, añade: «Habitan pues estos felices Héroes, teniendo seguras sus almas en las islas de los Bienaventurados, junto al profundo Oceano»⁵. Sobre cuyas palabras advierte Juan Georgio Grevio: «Los maestros Griegos colocan aquí el oceano, y le exponen *entoaeri*: esto es, en el aire»⁶; aludiendo sin duda a la observación de Manuel Moschopulo, Proclo, y Juan Tzezes, Scholiastes Griegos de el mismo Hesiodo, que uniformes comprueban el indeterminado parage, en que coloca las almas separadas aquel Poeta, manteniendo la indiferencia misma, que halló expresada en Homero.

3. Con la propia generalidad habló Horacio⁷ de esta mansión de las almas, quando dice: «Nos espera el oceano circumvago: vamos a los bienaventurados campos, los campos ricos, y las Islas». Donde llama *ricas* a las que los demás atribuyen el nombre de bienaventuradas, por la mansión que suponían en ellas de las almas felices. Pues, como dice Ulpiano: «Los bienes, de que se componen las riquezas, se dixeron así, porque hacen bienaventurados»⁸: de la manera que Iabolen⁹ por autoridad de Plaucio advierte; no se pueden llamar propiamente bienes los que traen mayor descomodidad que beneficio. Así llamó Eurípides *Eydaimonas*, u bienaventurados a los ricos, como muger bienaventurada Horacio a la que lleva muchos bienes al matrimonio; pero no señala el Lyrico más circunstancias a su parage, que las que le resultan de colocarle rodeado de el oceano; sin que tengan que ver con las Islas fortunadas, como en su lugar reconoceremos; aunque pretendan aludiese a ellas, y las explicase así, todos sus intérpretes; como ni tampoco debe entenderse de ellas otro lugar de el mismo Horacio, que dice: «La virtud, el favor, y la eloquencia

⁵ *Hesiodus in opera et dies, vers. 165.*

⁶ *Grevius in lectionibus Hesiadicis: cap. 5.*

⁷ *Horatius Epodon Od. 16, versic. 41.*

⁸ *Ulpianus lib. 59 ad edictum in lege 49: lib. 50. tit. 16. de verborum significatione.*

⁹ *Jabolenus lib. 5 seu lege 83. de verborum significatione.*

de los Poetas excelentes consagró en las ricas Islas a Eacho, arrebatado de las estigias olas»¹⁰.

4. Este engañoso dictamen nació de aquel célebre lugar de Virgilio¹¹, en que introduciendo a Eneas conducido de su Padre Anchisses, mostrándole los parages y estados de las almas separadas, dice: «Llegaron a los lugares alegres, y florestas amenas de los bosques afortunados, y mansiones bienaventuradas: aquí el Cielo más claro hermosea los campos con rosada luz, y conocen su propio sol, y estrellas». Porque si describe la morada de los bienaventurados más allá de el orbe, según le entienden todos sus Expositores conviniendo con Homero, y Hesiodo, que la ponen en el profundo, esto es, distantísimo oceano ¿cómo puede apropiarse a las *Islas fortunadas*, que son nuestras *Canarias*, aunque lo entendiesen así tantos como junta Juan Seldeno¹², desvaneciendo el dictamen de los dos hermanos Tzezes, Isacio, y Juan, que colocaron en Inglaterra estas Islas de los bienaventurados, como quien ignoraba, quanto contradecía la destemplanza de su región el benigno y apacible temple, que las atribuyen inconcusamente todos los antiguos? Siendo regular inferir de Virgilio, dexó en los términos, con que las expresa, indeterminado su parage, como los que le precedieron, sino quiso expresar, según suenan sus palabras, estaba fuera de el orbe conocido, de la manera que las celebra Claudiano¹³, confundiéndolas con los campos Elysios, como hicieron tantos, según en su lugar veremos: pues dice: «No creas, se ha perdido el día: hay para nosotros otras estrellas, otros orbes; verás otra luz más pura, y te admirarán más los campos Elysios». Y de quien entienden también algunos al mismo Virgilio¹⁴, quando dice: «Está fuera de los astros, de el año, y de el camino de el sol aquella tierra desde donde Atlante, que sostiene el Cielo, atormenta con el hombro al exe hermoseo con las ardientes estrellas».

¹⁰ Horat. lib. 4. Carmin. Od. 8. vers. 25.

¹¹ Virgilius lib. 6, vers. 638.

¹² Seldenus de Scriptoribus a se editis: pag. 30.

¹³ Claudianus lib. 2. de raptu Proserpinae: vers. 282.

¹⁴ Virgilius lib. 6, vers.

5. Lo cierto es, que todos los antiguos pusieron estas Islas en el oceano, sin especificar lugar determinado; y así escribe Isacio Tzelzes: «Estaban en el profundo oceano, según Hesiodo, Homero, Eurípides, Plutarcho, Dion, Procopio, Philostrato, y los demás»¹⁵; y en esa consecuencia asegura Marco Antonio Mureto: «se refiere por los antiguos Poetas, que había en el oceano ciertas Islas, a las cuales eran llevadas después de la muerte las almas de los que habían vivido santa y religiosamente»¹⁶. Sin que se limitase este nombre al mar grande, u externo, como le llamaban los Romanos, según demostraremos en su lugar, quando se justifique el concepto, que los antiguos expresaron con el nombre de oceano, diverso mucho de el común, en que después corrió entendido.

§. V

No estuvieron en España las Islas de los Bienaventurados, ni pueden apropiarse a Cádiz

1. De la generalidad con que, como dexamos visto, situaron los antiguos las Islas de los bienaventurados en el oceano, y de la fama, que por medio de los Phenices tuvieron los Griegos de el benigno temple, y de la gran abundancia y riqueza de España, nació el que creyeran algunos, estuvieron en ella. Así lo dio a entender Estrabón¹⁷, aunque juzgando eran las *Canarias* descubiertas ya en su tiempo, y comunmente celebradas de los antiguos con el nombre de *Islas afortunadas*, pues escribe: «semejantes cosas a estas refieren fabulosamente los Poetas modernos, como la expedición por los bueyes de Geryon, y otra por las manzanas de las Hespérides; y hacen memoria de las Islas de los bienaventurados, las cuales todavía aparecen, y las conocemos no muy distantes de lo último de la Mauritania opuestas a Cádiz».

¹⁵ Tzelzes in *Licofrontis Cassandra*, pag. 179.

¹⁶ *Muretus Variarum lectionum lib. 5.*

¹⁷ *Strabo lib. 1, pag. 150.*

2. Donde es muy digno de reparo, distingue estas Islas de los bienaventurados de los campos Elysios, con quienes las confunden los demás, según veremos inmediatamente; pues habiendo referido, como entendían de España el lugar de Homero, en que habla de ellos, hace memoria como cosa distinta de la opinión de los que tuvieron a las Canarias, luego que se descubrieron, por las Islas de los bienaventurados, habiendo sin duda nacido esta equivocación de haberlas impuesto Juba, quando las descubrió, como refiere Plinio¹⁸, el mismo nombre de *Macaron*, o Islas de los bienaventurados, que es lo mismo que de los afortunados, aunque el sitio, que las señalan los antiguos, no conviene con el que hoy conservan las Canarias. Y así advierte Salmasio: «A algunos les parece hoy son las Canarias modernas las afortunadas de los antiguos; pero el sitio lo repugna, porque las antiguas afortunadas eran mucho más meridionales»¹⁹.
3. Esta misma distinción, que inferimos de las palabras de aquel Geógrafo, reconoce también Isacio Casaubono impugnando a Guillermo Xiliandro, que pretende confundiese Estrabón estas islas de los bienaventurados, que él creyó eran las Canarias, con los campos Elysios: y así hablando de ellas dice: «Porque las islas afortunadas (en el griego se lee *Macaron*, u de los bienaventurados) están situadas antes de Mauritania por la parte última, que mira al occidente, y pertenecen de la misma manera a los fines de España occidua, porque consta de su nombre se llamaron afortunadas, por estar vecinas a estos lugares»²⁰. En que da a entender Estrabón, fue causa la cercanía de España de que se llamasen bienaventuradas, felices, u afortunadas estas islas, juzgándolas por la corta distancia, en que las suponían apartadas de ella, por de la misma abundancia, fertilidad, riqueza, y benigno temple, que los Phenices celebraban de España. Así lo percibió Casaubono, cuyas palabras, aunque largas, acreditan enteramente el referido dictamen. Dice pues²¹: «Esto no pertenece propiamente

¹⁸ *Plinius lib. 6, cap. 32.*

¹⁹ *Salmasius in Solinum pag. 1298.*

²⁰ *Strabo lib. 1, pag. 3.*

²¹ *Casaubonus in Strabonem, pag. 2.*

a Homero; si alguno no dixere, que los campos Elysios, y las Islas de los afortunados son una misma cosa, porque Homero no hizo ninguna memoria de las Islas de los afortunados. Pero añade esto (Estrabón) para enseñar no sería maravilla, que Homero, habiendo sido tan gran varón, hubiera tenido conocimiento de España, quando los demás Poetas, que inmediatamente siguieron a Homero (de quien son fingimiento estas Islas de los bienaventurados) la conocieron: porque habiendo oído muchas, y admirables noticias de la felicidad de aquellas regiones, fingieron en ellas las Islas de los bienaventurados. Que se haya de entender así este lugar, se reconoce de el libro tercero; y Eustachio lo entiende así».

4. Con que no puede tener duda, celebraron los antiguos a las Islas de los bienaventurados por distintas y separadas no solo de España, sino también de Cádiz; y que no tuvo razón, ni fundamento ninguno Salazar para asegurar estuvieron en ella, como vimos pretende y esfuerza tan descaminadamente; y de nuevo se desvanece con las palabras siguientes de Natal Comite: pues dice²²: «Dexó escrito Clearcho Solense, que estas Islas de los bienaventurados fueron junto a las columnas de Hércules Briarco, a las quales él, y el Hércules Tirio y Griego llegó después», cuyo sentir toma de Isacio Tzelzes Intérprete griego de Licophronte, aunque sin citarle; y que de la misma manera se comprueba con lo que de Sertorio escribe Plutarcho²³, quando refiere llegó a las Islas afortunadas: suceso, a que, en sentir de los modernos, alude Salustio en aquel fragmento suyo, que conserva Nonio, por donde parece distaban diez estadios de Cádiz. Con que de todas maneras queda frustrado el vano intento de Salazar.
5. Sin embargo es igualmente constante, que los que confunden los campos Elysios, de que habló Homero, como veremos en el § inmediato, con estas Islas de los bienaventurados (que generalmente son casi todos los antiguos desde Eurípides²⁴, que substituyó con ese nombre la morada, en que coloca a Me-

²² Natal. Com. Mytolog. lib. 3, cap. 19.

²³ Plutarch. in sextorio: pag. 571.

²⁴ Euripid. in Helena vers. 1893.

nelao Homero) las traen a España con testimonio de Estrabón, que explicó de ella los versos de aquel Poeta, creyendo colocó en ellos los campos Elysios: porque habiendo referido y justificado con el nombre de Lisboa la expedición de Ulises a España, y aquellas costas occiduas donde tiene su asiento, añade²⁵: «Por esto el Poeta sabiendo que estas expediciones llegaron a la España última, verdaderamente, y conociendo por la relación de los Phenices la opulencia de estos lugares, y otras bondades suyas, fingió allí las moradas de los piadosos, y los campos Elysios, donde Proteo dice ha de habitar Menelao».

6. Pero sin embargo de que fue distinto el concepto de Homero de el que supone Estrabón, como veremos en el § inmediato, estuvo muy distante aquel Geographo de pensar se pudiesen apropiarse las palabras de Homero a Cádiz; pues habiéndolas copiado añade²⁶: «Porque es propio de esta región la templanza y benignidad de el ayre, y la apacible inspiración de el favonio, por ser occidental aquella tierra y templada, que yace al fin de ella». Con cuyas palabras expresa el parage de Portugal, que cae más al occidente, de quien habla. Por donde consta, quán ageno estuvo así él, como quantos siguiéndole confunden los campos Elysios con las Islas de los bienaventurados, en entenderlas en Cádiz.
7. Para no mezclar la situación de estos parages, habiendo de tratar de los campos Elysios en el § siguiente, terminaremos éste con las palabras de Casaubono, en desengaño de que no solo los distinguió Estrabón de las Islas de los bienaventurados, sino que también fue de sentir no pertenecieron a España, sino en quanto simbolizaba por la cercanía su fertilidad, y benigno temple con ella, o pertenecían por la misma razón a su imperio, y dominio, juzgando las dieron ese nombre para denotar así eran señoreadas, y poseídas de los Españoles, a quien atribuyeron y expresaron con el de bienaventurados, o felices, así por la apacibilidad de la tierra, en que vivían,

²⁵ *Strabo lib. 3.*

²⁶ *Strabo ubi supra.*

como por las grandes riquezas, de que gozaban: dice pues²⁷: «Llámanse estas Islas no bienaventuradas, aunque Horacio las da el nombre de Islas ricas, sino *macaron nesoi*, o Islas de los bienaventurados; porque casi siempre sucede que las Islas cercanas a la tierra firme pertenezcan al dominio de los que habitan en la costa inmediata: y así quando decimos las *Islas de los bienaventurados*, entendemos las Islas de los que habitan la última parte de la tierra firme acia el oceano occidental, de quien por ser tan conocida la fertilidad, y abundancia de todas las cosas llamaron los antiguos Islas de los bienaventurados a las Islas inmediatas a ellos».

8. Esta inteligencia se justifica con testimonio de el mismo Estrabón; pues, como vimos quando se explicó el lugar de Anacreonte, que tan sin razón apropia a Cádiz Salazar, como allí demostramos, entendió el Epíteto de bienaventurados, que da a los Tartesios aquel Poeta de la manera misma, juzgando que por la felicidad de sus riquezas les competía ese nombre: y así con razón pudo añadir Casaubono a las palabras precedentes estas, con que termina su nota, diciendo: «Así interpreto este lugar obscuro, y hasta ahora no entendido de sus Expositores».

²⁷ *Casaubonus ubi supra.*

II. François Catrou (1659-1737) & Pierre-Julien Rouillé
(1681-1740), *Historia Romana*

2

Sertorio y las Islas Afortunadas²⁸

Dexaremos al Asia en este estado, para decir el que la España tenía, suponiendo, que desde el tiempo de Cinna pasó Sertorio en qualidad de Pretor a mandarla, y que con su apacibilidad, y desinterés ganó a los Españoles la voluntad: medroso Sylva de su poder, embió a Cayo Annio con poderoso Ejército, al que huvieran disputado el passo de los Pyrneos 6 [mil] hombres, que de orden de Sertorio comandaba Livio Salinator, si Calpurnio, su infiel, y pérfido amigo, no le huviera quitado la vida alevosamente, y unido aquel grueso Destacamento a las Tropas de Annio, quien por este medio penetró sin oposición alguna hasta el corazón de la España: y Sertorio, con los Soldados de su mayor confianza, se vio obligado a embarcarse en Carthagená, y passar al África: unióse en el camino a unos Piratas Cilicianos, tomó tierra en la Isla Pitecusa, venció a la Guarnición Romana, la saqueó, y después padeció una recia tormenta, la que le libró de Annio, que le seguía con toda su Esquadra: pasó el Estrecho de Cádiz, y a la embocadura de Guadalquivir les dixo a los Piratas, que su pensamiento era descansar en las Islas Afortunadas, o Athlánticas, de cuyo apacible clima, y abundantes delicados frutos quería gozar el resto de su vida, cansado ya de los peligros experimentados en Mar, y tierra: no hablaba aquí el Romano de la Isla Athlántica, que describe Platón en su *Timeo*, y en el Diálogo, que intituló *Critias*, porque supone estar en la América: y es más natural, que Sertorio buscasse su retiro en las Canarias, y los Azores, donde Homero pone sus Campos Elíseos.

²⁸ *Historia Romana, arreglada a las notas geographicas, y criticas de los RR. PP. Catrou, y Roville. Compuesta por el P. Maestro Juan de Haller, Clérigo Menor, Predicador de Su Magestad Cathólica, y Theologo de Cámara del Real Infante Cardenal de este Arzobispado de Toledo. Dedícala a la Magestad del Señor Don Carlos de Borbón, Rey de Nápoles, y Sicilia, Duque de Parma, y Successor del Gran Ducado de Toscana, Infante de España. Por mano del Excmo. Señor Conde de Santistevan, su Mayordomo Mayor*, t. III, libro XVIII. Oficina de Antonio Marín, Madrid, 1736, pp. 127-129.

Tomó Sertorio este pretexto para separarse de los Piratas, y se fue después con su gente a la Mauritania, cuyos Pueblos intentaban deponer a su Rey Ascalis: defendía Annio a este Soberano; pero pudieron más los vassallos con el auxilio de Sertorio, quien ganó la batalla, y el despojado Príncipe se refugió en Tánger: la fama de este hábil General dio motivo a los Portugueses para que le combidassen con el comando de sus Tropas amenazadas del Ejército de Annio: aceptó Sertorio, y con feliz viage desembarcó en aquel Reyno: empezó la campaña con tan buenos sucessos, que Sylla le consideró un segundo Annibál, y con efecto, aunque Metello le hizo rostro con un buen Ejército, siempre salió ganancioso, porque observaba las máximas del celebrado Viriatho, sin exponer toda su gente nunca, y repitiendo las emboscadas: con ellas, y con repentinos acometimientos sobre los descuidados, lograba, sin empeñarse, agitar al Enemigo, y minorarle las fuerzas. Pidió Metello socorro a L. Domicio, Pretor de la España Citerior; pero noticioso Sertorio de sus marchas, destacó a su Questor Hurtuleyo, quien le derrotó junto a Guadiana, Río, que nace en Castilla la Nueva, y después de aver corrido de Oriente a Poniente hasta Badajoz, prosigue hasta entrar en el Mar cerca de Ayamonte.

III. Washington Irving (1783-1859), *Vida y viajes de Cristóbal Colón*

3

Sobre la situación del Paraíso Terrenal²⁹

Las especulaciones de Colón sobre la situación del Paraíso Terrenal han ocupado a muchos hombres graves y doctos.

Todos los pueblos han soñado con un Paraíso Terrenal; todos han admitido una mansión de delicias donde corría tranquila la primitiva existencia de nuestros padres; cuando se despertaron de la nada al mandato de Dios que les ofreció un paraíso de delicias, cuyas descripciones se parecen más o menos al jardín de las Hespérides soñado por los poetas de Grecia. No es solo nuestra

²⁹ *Vida y viajes de Cristóbal Colón por Washington Irving*. Gaspar y Roig Editores, Madrid, 1852, pp. 246-247.

religión la que proclama tal idea; todos los pueblos han convenido en ella. Tan hermoso lugar se colocó primitivamente en la Oasis de Arabia. Al aumentarse los conocimientos geográficos empezó a moverse sin cesar y a mayores distancias, la situación de los jardines de Hesperia. Se trasladó primero a las márgenes de las grandes Sirtes, en las cercanías del monte Atlas. Allí el viajero, después de atravesar los espantosos desiertos de Barca, se hallaba en un país fértil y abundante, regado por arroyos y ricos manantiales. Las naranjas y cidras llevadas a la Grecia, donde hasta entonces no se conocían, deleitaron a los atenienses por su dorada belleza y exquisito gusto, y pensaron que solo al jardín de las Hespérides, podía producir tan delicados frutos. Así la región feliz de los antiguos iba de lugar en lugar, pero manteniéndose siempre en la más remota y oscura extremidad del mundo, hasta llegar a las Canarias, llamadas por eso las islas Afortunadas o de Hesperia.

Del mismo modo la situación del Paraíso Terrenal o jardín de Edén, fue mucho tiempo objeto de curiosas disputas, y ocupó la laboriosa atención de los más doctos teólogos. Algunos la ponían en Palestina o la Tierra Santa; otros en Mesopotamia, en aquel rico y hermoso trecho de tierra que abraza en su carrera el Tigris y el Éufrates; otros en Armenia, e imaginaban que Enoch y Elías habían sido allí trasportados fuera de la vista mortal, para vivir en un estado de bienaventuranza terrestre, hasta la segunda venida de nuestro Salvador. Otros había que le situaban remotísimamente en la Trapobana de los antiguos, o en las islas de Sumatra, o las Afortunadas o Canarias, o en una de las de Sunda; o últimamente, en algún punto favorecido bajo la línea equinoccial.

Los investigadores se veían muy apurados para concordar con el Génesis sus investigaciones. Los que estaban en favor de la Tierra Santa, suponían que era el Jordán el gran río que después se dividía en Phisón, Gihón, Tigris y Éufrates; pero que las arenas habían cegado los antiguos lechos por donde se alimentaban aquellas corrientes; que originalmente atravesaba el Phisón la Arabia desierta y la Arabia feliz, de donde seguía su curso hasta el golfo de Persia; que el Gihón bañaba la Arabia pedregosa o del norte, y caía en el golfo de Arabia o el Mar Rojo; que el Éufrates y el Tigris pasaban por Edén a la Asiria y la Caldea, de donde desembocaban en el golfo de Persia.

Los más de los primitivos comentadores suponen que el llamado Gihón fuese el Nilo. No se conocían sus manantiales; pero se vencía ingeniosamente esta dificultad, dándole una carrera subterránea de algunos centenares de leguas, desde la fuente común, hasta que salía a luz en Abisinia. Del mismo modo se daba también curso subterráneo al Tigris y al Éufrates, haciéndolos pasar por debajo del Mar Rojo, hasta presentarse en Armenia, como si acabaran de salir de una fuente común. Los que ponían el Paraíso Terrenal en islas, suponían que los ríos que salían de ellas y formaban los que acaban de nombrarse, o bien atravesaban la superficie del mar, pudiendo el agua dulce por su mayor ligereza flotar sobre la salada, o que fluían por las profundas venas y canales de la tierra, como la fuente de Aretusa se suponía sumergirse en la tierra de Grecia, y salir otra vez en la isla de Sicilia; mientras el río Alfeo, se levantaba en el mar un poco antes de llegar a la isla.

Decían algunos que el Paraíso había sido destruido por el Diluvio; pero otros sostienen que se encuentra situado sobre una inaccesible montaña.

Algunos ponían esta montaña bajo la línea equinoccial, o bajo la banda de los cielos, espacio comprendido entre los trópicos de Cáncer y Capricornio, más allá de los cuales nunca pasaba el sol en su curso anual. Allí había uniformidad de días, noches y estaciones, y a la elevación de la montaña no alcanzaban los calores y tormentas de las regiones más bajas. Transportaban otros el jardín más allá de la línea equinoccial, y lo ponían en el hemisferio del sur, suponiendo que la zona tórrida impedía su acceso a los mortales. Sustentaban estos sus teorías con argumentos bastante fantásticos. El Paraíso Terrenal, decían, debe estar en la parte más noble y feliz del globo; aquella parte debe estar situada bajo la parte más noble de los cielos; y los méritos de lugar no dependen tanto de las virtudes de la tierra, como de las felices influencias de las estrellas, y el favorable y benigno aspecto de los cielos. Ahora bien: según los filósofos, estaba dividido el mundo en dos hemisferios. Consideraban al del sur cabeza, y al del norte pies, o parte inferior: la derecha el oriente, de donde empezaba el movimiento del primer móvil; y la izquierda el occidente, hacia donde se movía. Y así como la cabeza es la parte más noble del hombre; también el sur, siendo cabeza de la tierra, debía ser superior, y más noble que oriente, occidente o

norte; y en defensa de esto citaban la opinión de varios filósofos antiguos, y con especialidad la de Ptolomeo. De aquí concluían, que en aquel hemisferio del sur, en aquella cabeza de la tierra, bajo aquel cielo más puro y brillante, y aquellas estrellas más potentes y benignas, estaba situado el Paraíso Terrenal.

Había diversidad de ideas respecto al tamaño de esta región bienaventurada. Como Adán y toda su progenie debían haber vivido en ella a no haber pecado, y como no debía de haber allí muerte que aminorase el número de los hombres, se infería que era el Paraíso Terrenal de grande extensión para poder contenerlos. Algunos le hacían igual a toda la Europa o al Asia; otros le daban todo el hemisferio del sur. San Agustín supone, que al multiplicarse el género humano, muchos sin padecer muerte serían trasladados al cielo; los padres, tal vez, cuando sus hijos hubiesen llegado a la edad madura, o porciones de la raza humana, al fin de ciertos periodos, cuando la población del Paraíso Terrenal llegase a cierto número.

Los espontáneos frutos del jardín hubieran llenado con abundancia las pocas necesidades del hombre. Todavía empero para que no estuviese amontonada la raza humana, y tuviera amplio trecho para recreación y goces, y los placeres de cambios y variedades, algunos daban al jardín lo menos cien leguas de circunferencia.

San Basilio describe con raptó los goces de aquella mansión sagrada, que se eleva a la tercera región del aire, bajo los felices cielos. Un placer puro e incesante arroba en ella todos los sentidos. La vista se deleita en la admirable diafanidad de la atmósfera, en la nunca marchita lozanía de las flores. Regalan el oído el canto de las aves, y el olfato los olores aromáticos de la tierra. Del mismo modo tienen los otros sentidos sus goces peculiares. Son desconocidas las vicisitudes de las estaciones, y junta el clima los frutos del verano, la alborozada abundancia del otoño, y la dulce fresca y tranquilidad de la primavera. La tierra siempre verde, siempre rozagantes las flores, las aguas puras y cristalinas, no precipitándose en turbios y rudos torrentes, sino manando en plácidas fuentes y serpeando en manso y argentado curso. No se permite a los ásperos y estrepitosos vientos sacudir y turbar el aire, ni invadir la belleza de las selvas; ni prevalecen tiempos oscuros ni melancólicos; ni aguaceros anegadores, ni granizo; relámpagos y truenos, ni el frío desconsolador de invierno, ni el calor fatigoso del verano; ni cosa alguna que pueda

causar dolor, incomodidad o angustia; todo es dulzura, gentileza y serenidad, perpetua juventud y gozo reina en la naturaleza, y nada se desmejora ni muere.

La misma idea de San Ambrosio en su libro del Paraíso, autor citado también y consultado por Colón. Escribió en el cuarto siglo, y su elocuencia y florida aunque vigorosa dicción, aseguraron grande popularidad a sus escritos.

Colón da también gran autoridad y asenso a Granville que en una obra intitulada *De Proprietatibus Rerum*, el cual emite la opinión de que el agua de la fuente del Edén caía en un gran lago del cual nacen los cuatro ríos de que habla el Génesis; y Las Casas es de dictamen de que fundó en él su idea, de que el vasto cuerpo de agua dulce que llenaba el golfo de la Ballena o de Paria, fluía de la fuente del Paraíso, aunque de remota distancia; y que en este golfo, que suponía a los extremos del Asia, se originaban el Nilo, el Tigris, el Éufrates y el Ganjes, que podían ir por debajo de mares y tierras por canales subterráneos, a los lugares adonde nacen en la tierra y toman su propio nombre.

Nos hemos detenido algún tanto en estas especulaciones porque para ilustrar claramente el carácter de Colón, es necesario dilucidar aquellos pensamientos que pasaban por su ánimo, al considerar los fenómenos singulares de las regiones desconocidas que exploraba, y que suele referir ligera y vagamente en sus diarios y cartas.

Bastante se ha citado para hacer ver que, en sus observaciones respecto al Paraíso Terrenal, no se entregaba Colón a visionarias ni presuntuosas quimeras, hijas de un cerebro ardiente y desordenado. Por fantásticas que puedan parecer hoy sus conjeturas, las fundaba en opiniones escritas, tenidas entonces por poco menos que oraculares; y se verá al examinarlas que le excedieron con mucho las especulaciones y teorías de sabios, considerados ilustres por su ciencia y erudición en las escuelas y los claustros.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, M^a R., 1952. *El Poema de Viana. Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- ALONSO, M^a R., 1977. «La Literatura en Canarias. Desde los orígenes hasta 1880», en MILLARES TORRES, A.: *Historia General de las Islas Canarias*, tt. IV y V. Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 282-295 y 112-131, respectivamente.
- ALONSO, M^a R., 1990. *Las Generaciones y cuatro estudios (El Mar, Guillén Peraza, Las Rosas y un Misterio)*. Viceconsejería de Educación y Deportes del Gobierno de Canarias, Canarias.
- ALONSO, M^a R., 1998. *La Luz llega del Este*. Excmo. Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, La Laguna.
- ARMAS MARCELO, J. J., 1989. *El árbol del bien y del mal*. Prólogo de María Rosa Alonso. Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Canarias.
- CATROU F. & P.-J. ROUILLÉ, 1736. *Historia Romana, arreglada a las notas geographicas, y críticas de los RR. PP. Catrou, y Roville. Compuesta por el P. Maestro Juan de Haller, Clérigo Menor, Predicador de Su Magestad Cathólica, y Theologo de Cámara del Real Infante Cardenal de este Arzobispado de Toledo. Dedícala a la Magestad del Señor Don Carlos de Borbón, Rey de Nápoles, y Sicilia, Duque de Parma, y Successor del Gran Ducado de Toscana, Infante de España. Por mano del Excmo. Señor Conde de Santistevan, su Mayordomo Mayor*. Oficina de Antonio Marín, Madrid.
- ERASMO, D., 1998. *Elogio de la locura*. Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Alianza Editorial, Madrid.
- [IBÁÑEZ DE SEGOVIA, G.], 1805. *Cádiz Phenicia, con el examen de varias noticias antiguas de España, que conservan los escritores hebreos, phenicios, griegos, romanos y árabes*. Imprenta de don José del Collado, Madrid.
- IRVING, W., 1852. *Vida y viajes de Cristóbal Colón*. Gaspar y Roig Editores, Madrid.
- VIANA, A. de, 1968-1971. *Conquista de Tenerife*. Edición de A. Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife, 2 vols.
- VIANA, A. de, 1991. *Antigüedades de las Islas Afortunadas*. Edición de M^a R. Alonso. Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Canarias, 2 vols.
- VIANA, A. de, 1996. *Las Antigüedades de las Islas Afortunadas*. Edición fac-símile. Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, La Laguna.